

me proporcionará el único arbitrio que me queda para volver al hogar paterno.

Apenas acaba de tomar su resolución, cuando divisa un caserío, al que se dirige, y en el que por fortuna encuentra un anciano que por el valor del oro del relicario, se compromete á conducirla hasta la hacienda y así lo verifica.

Su llegada al seno de sus padres después de la natural sorpresa, produce las más vivas sensaciones. Al día siguiente un criado del marqués llega con una carta para el padre de María noticiándole que una equivocación únicamente había causado el disgusto de la condesa, pues que el proyecto que había meditado con respecto á María, era el de colocarla de aya de sus hijas, y concluía que para indemnizar los sufrimientos de su hija, podía disponer de una cantidad que asegurase su subsistencia.

El orgullo abatido del padre de María, escarmentado con una lección de esta especie, no dudó ya en dar á su hija un enlace apropiado á su clase, y un año después el hermano de Clarita recibía ante el altar la mano de María.

I. G.

México, 1.841.



## ERNESTINA.

En una pequeña casa de la capital de uno de los Departamentos de la República, vivían tranquilamente doña Martiniana, viuda de un extranjero que vino á México con la expedición de Mina, y Ernestina su hija, joven de dieciséis años, que aunque no era una hermosura perfecta, al examinarla, cualquiera notaba desde luego la vivacidad y la inteligencia de sus miradas. Aunque sus trajes anunciaban que esta familia pertenecía á aquella clase que considera una buena educación como la primera de sus necesidades, á pesar de su aseo y limpieza, desde luego manifestaban en su sencillez la severa economía á que estaba reducida. Un sombrero de paja, un vestido

bien cortado y una mascada al cuello componían el traje de gala de Ernestina. Reducidas á servirse en lo interior de su casa, el hijo de una vecina les proporcionaba lo que necesitaban para su reducida cocina.

Terminadas las tareas domésticas del día, entretenían las primeras horas de la noche en algunas lecturas instructivas. La naturaleza había dotado á Ernestina de un entendimiento claro y de un gusto muy marcado á las bellas artes, las que cultivaba con placer y aun á veces con utilidad, siendo un recurso precioso en su situación, así es que muchas veces, interrumpiendo la lectura, solía entregarse á los disvarios de una imaginación creadora ó quedaba abismada en medio de fantásticas ideas.

Una noche en que su distracción se hizo más notable, doña Martiniana le instaba que le confiase lo que la ocupaba tan profundamente.

—Reflexionaba, le dijo Ernestina, sobre la visita que hemos hecho á casa de doña Macaria, y calculaba que no nos conviene frecuentarla. Son demasiado ricos y los recuerdos y las comparaciones no suelen sernos gratas.

—Las privaciones, le contestó doña Martiniana, son la herencia de las personas que, como nosotras, han bajado de una suerte más elevada. ¿Podría sostenerte tu valor con la descripción de una fiesta á que tu

situación no te permite concurrir? Yo he llorado por tí, hija mía, lo confieso; pero me he consolado reflexionando en la razón de que te ha dotado el cielo.

—Y ha pensado vd. muy bien, replicó Ernestina; teniendo como tiene el derecho de leer lo que pasa en mi alma, habrá notado que si por un momento he dejado correr mi imaginación por ese teatro de los placeres de mi edad, si he recordado que hace dos años iba con vd. y con mi padre á algunos bailes, si he pensado que las flores de gaza y los "figarós" más preciosos embellecerían á vuestra hija, la severa razón ha pasado su esponja por estos risueños cuadros. Abandonadas de la fortuna, yo acepto con resignación mi parte de la amarga bebida que participamos.

—¡Ah, querida hija mía, exclamó doña Martiniana abrazando á su hija, tú soportas noblemente un destino que no mereces!... pero ¿no sería posible reponer al menos por una vez lo que has perdido? ¿Costaría tanto un traje con que pudieses presentarte en el baile que se prepara en casa de doña Macaria?

—Pero no sería bastante un vestido para mí; sería indispensable otro para vd., que no tiene ninguno con que poderse presentar decentemente. Pero ¿qué digo? ¿podría yo ser la causa de un gasto que sólo podríamos sufragar, pidiendo prestado, cuando

para evitar semejante compromiso se ha reducido vd. á despedir hasta la última criada y á servirse á sí misma?

—Pero en casa de doña Macaria tú podías muy bien ir sola.

—Cuando yo me separe de mi madre querida, no será ciertamente para ir á buscar lejos de ella vanos placeres. No pensemos en ese baile que no merece la pena de ocuparnos más de él. Mal me habría aprovechado de las lecciones de vd. y de sus ejemplos, si no me resignase muy gustosa á tan ligera privación.

—¿Pues por qué advierto en tí ese aire melancólico y distraído?

—Voy á decirselo á vd. La hija de doña Macaria no sólo emplea su fortuna en sus diversiones; en la visita de hoy me ha hablado del baile y de su traje, pero me ha enseñado también la lista de los desgraciados á quienes socorre, y con este motivo no he podido menos de volver la vista hacia mí, y he reconocido con dolor que no siendo rica no puedo hacer bien á mis semejantes, y que apenas puedo dar un medio real á un pobre que me pide limosna en la calle, cuando conozco que todos los placeres son inferiores al de procurar la felicidad de otra persona. . . .

—¡Una lista! la interrumpió doña Martiniana, ¿pues qué esa señorita tiene apuntadas sus caridades? Es preciso que tenga

muy poca memoria ó mucha ostentación. Yo querría mejor favorecer á los infelices que acordarme de haberlo hecho. Pero vamos á tus reflexiones. ¿Acaso el ejercicio de la beneficencia sólo está al alcance del rico? También al del pobre. Los consuelos de éste pueden endulzar los males de sus semejantes, que no siempre necesitan del dinero para curarse. Toda acción virtuosa, hija mía, lleva consigo su recompensa, nuestra propia conciencia nos paga con usura aun los menores esfuerzos en favor de la humanidad doliente, y á los ojos de Dios, ese miserable medio real que das á un mendigo sintiendo no poderle proporcionar mayor socorro, tiene más valor que la onza de oro que arranca á un rico la miseria, tal vez á fuerza de importunidad.

La conversación se prolongó entre la madre y la hija, y ésta quedó convencida de que aprovechando las ocasiones, encontraría aun en medio de su precaria situación, mil medios capaces de satisfacer su generosidad.

La mañana siguiente amaneció tan hermosa que convidaba á pasear, y doña Martiniana condujo á Ernestina á los deliciosos alrededores de la ciudad. Sentadas en una pequeña altura y descolmando á su frente la más encantadora perspectiva, la joven se entregaba á su gusto por la poesía, y ensayaba ligeras descripciones de las bellezas

esparcidas á su derredor, cuando percibió á una mujer anciana que penosamente seguía el sendero que guiaba de la ciudad á la colina. A pesar del apoyo de un bastón sobre el que se sostenía, se detenía con frecuencia para poder respirar. Ernestina recordando la conversación de la noche anterior, se dijo á sí misma. "He aquí una ocasión de poder hacer un beneficio, no la dejaré escapar; prestaré las fuerzas de mi juventud á la debilidad de esa anciana desconocida." Y corre al momento á su encuentro y con afectuosa política le ofrece el brazo; la mujer se detiene admirada; su traje parecía el de una obrera bastante pobre; sin embargo, el pañuelo blanco que cubría su pecho, y el paño de rebozo que aunque bastante usado era de seda, indicaban que pertenecía á otra clase.

—Gracias, niña—le dijo—pero me perdonareis os mire con tanta atención, porque no puedo recordar quién sois.

—Yo lo creo, señora; jamás me habeis visto; pero que esto no impida á vd. aceptar mi brazo, os lo ofrezco de todo corazón.

—Pues que así lo quieréis, niña mía, perdona la libertad que me tomé en apoyarme, porque á la verdad esta subida cada día está más penosa.

Cuando llegaron á la altura, la anciana se sentó un momento á descansar, mirando

siempre á Ernestina con una sorpresa que testificaba lo poco acostumbrada que estaba á semejantes atenciones. El principio de su conversación se dirigió naturalmente á satisfacer la curiosidad que tenían una y otra de conocerse, y cuando Ernestina respondió la primera con discreta reserva á las preguntas de su anciana compañera, ésta le dijo llamarse la viuda Genoveva Albarca, agregándole: ¿no os han hablado de mí?

—No, á la verdad, señora.

—Tanto mejor; porque los habitantes de estas cercanías no se ocupan de sus vecinos, sino para hablar mal de ellos, sobre todo cuando son pobres é inútiles á sus placeres, como yo.

—Los juzgais con mucha severidad.

—Pero no sin razón. Estoy enferma, me veo sola y un negocio me obliga á subir y bajar con frecuencia esta colina; nadie hasta hoy ha tenido la caridad de ofrecerme el socorro que acabo de recibir de tí, amable joven; la viuda Genoveva, dicen, ¡bah! es una vieja loca; ella tenía sus proporciones en otro tiempo y se ha arruinado por querer hacer de su hijo un caballero.

—Pero yo conozco algunas personas demasiado caritativas en la ciudad, tales como por ejemplo, la hija de doña Macaria, esposa del juez de letras que. . .

—No me la menteis, interrumpió la an-

ciana, si ella acaso hace bien á otras personas que le piden, la viuda Genoveva nunca mendigará su pan; por otra parte, no carezco de lo necesario para mi sustento, y no me falta lo bastante para una mujer de mi edad, pero padezco fuertes y frecuentes dolores, y si alguna vez me falta el alimento, es sólo por no poderme levantar de la cama á sacarlo de mi armario.

La pobre mujer lloraba.

—¿Pues no tenéis un hijo para el cuidado de vuestra vejez? le replicó Ernestina tomándole la mano con ternura.

—Tengo un hijo; sí, espero al menos tenerlo todavía y un hijo que jamás me ha causado otro pesar que el verlo desdeñar la profesión de sus padres. Después de la muerte de mi marido, yo seguía un giro, que aunque no muy considerable, era seguro y lucrativo, y que esperaba se aumentaría en las manos de mi hijo; pero su antipatía al comercio me obligó á renunciar á mis proyectos; él ansiaba por estudiar la medicina, y ¿qué madre en mi lugar no habría hecho todos sus esfuerzos por contentar su inclinación? Lo envié á México, donde al cabo de seis años ejercía con aplauso su profesión. Yo había hecho por él grandes sacrificios que ignoraba; mis fondos habían sido consumidos, si bien había pagado todas mis deudas, mas yo estaba contenta, bien segura de que vendría al socorro de su madre; sin embargo, hoy no sé de él.

—Acaso se habrá casado y esto lo aleja de vd.

—No, no, el estudio de su arte y el afecto á su madre es lo único que lo ocupaban; vino á establecerse aquí, pero tuvo la desgracia de encontrarse con un envidioso. En las enfermedades peligrosas de dos ricos de cuya curación se había encargado, no tuvo la suerte de sanarlos, y el envidioso aprovechó la ocasión para quitarle la confianza pública. Inconsolable mi pobre hijo, se dejó persuadir de un amigo que marchaba para California, donde le aseguraba una pronta fortuna. Yo era una ignorante y me hicieron creer que ese viaje no sería sino una ausencia de dos á tres años, y además indispensable, para hacer olvidar las desagradables impresiones que habían causado los desgraciados ensayos en su profesión. Hace cinco años que marchó, y cada seis ú ocho meses que viene correo, me habla de su vuelta: sus negocios, me dice que van bien. Sin embargo, el temor de morir sin volver á verlo, deshace mi corazón, hasta que últimamente le he escrito mi verdadera situación y el decadente estado de mi salud, y no dudo que muy pronto venga á cerrar mis ojos, pues no quiero que otra persona alguna lo haga. Mas como los correos de California no tienen período señalado, vengo á la estafeta los días que llega el semanario de México, con la esperanza de encontrar

una carta que me anuncie su próxima llegada. He aquí mi historia, señorita. Si mi hijo hubiese seguido el comercio, no sería esta mi situación; pero las madres nada rehusan, cuando se trata de la felicidad de sus hijos.

—¿Quién lo sabe mejor que yo? exclamó Ernestina. Ningún sacrificio les es costoso cuando se interesa su dicha.

—En el tono en que pronuncias estas palabras, conozco que tienes madre, una buena madre... ¡Que Dios te la conserve!

Genoveva se levantó. Ernestina obtuvo el permiso de acompañarla hasta su casa, en la que sólo un cuarto suficientemente adornado de muebles, componía la habitación de la anciana. Ernestina sin aguardar más permiso, aprovechó la ocasión para prestarle desde el primer día algunos servicios que fueron acordados y recibidos con franqueza y con placer, separándose como dos amigas que se hubiesen tratado de muchos años atrás.

Al escuchar doña Martiniana la relación anterior de la boca de su hija, no cabía en sí de gozo, y no sólo aprobó su noble dedicación á favor de la infeliz anciana, sino que le proporcionó cuanto pudo para que pudiese disminuir en algo las penalidades de Genoveva, que se aumentaban más y más en virtud del reumatismo que á muy pocos días le impidió levantarse de la ca-

ma. Ernestina desempeñaba sus funciones de enfermera, con aquella inteligencia que la caracterizaba, mezclando á sus tareas una alegría dulce y consoladora tan necesaria para aliviar la enfermedad y la miseria é iba los días de correo á la estafeta. Doña Martiniana acompañaba algunas veces á su hija y desde su mesa separaba la porción de la viuda.

Un día se encontró Ernestina con la hija de doña Macaria, que echándole los brazos le extrañó su ausencia, preguntándole por qué se hacía tan rara como las violetas en el rigor del invierno, é instándole se fuese con ella á comer á su casa. Ernestina se excusó lo mejor que pudo, manifestando que le era imposible aceptar, por tener que ocurrir á casa de una amiga enferma.

—Tú vas sin duda, le replicó sonriéndose, á casa de la viuda Genoveva. Ya sé que la visitas diariamente, y á la verdad estoy celosa de tanta predilección, y comienzo á creer que tiene más mérito del que yo suponía, cuando una joven como tú puede encontrar placer en acompañarla.

—La viuda Genoveva es una anciana enferma y abandonada: mis cuidados pueden serle agradables y acaso útiles, y tú que eres tan bondadosa no me criticarás se los franquee.

—Sin duda que no; pero el abandono de esa mujer sólo es efecto de su ambición. En

lugar de conservar á su hijo á su lado, de comerciante, ha querido hacerlo un doctor bastante ignorante, según se asegura. . . . Y puesto que Genoveva ni es tan pobre como te la supones, pues nunca ha pedido un socorro, sólo por avaricia se encuentra sola.

—Nada me importa la causa de su aislamiento; me basta para ir á ver, estar segura de que mi presencia la consuela.

—Yo venía á convidarte á una tertulia que voy á dar á mis amigas, y creo que tu madre y tú no dejarán de concurrir.

—Mi madre está dispuesta; pero yo no debo abusar de su ternura. Su salud está muy delicada, y las desveladas no pueden menos de serle nocivas, y como yo estoy resuelta á no ir sin ella á parte alguna, no puedo admitir tu convite. Te lo agradezco.

—No tienes que agradecerme, la interrumpió, saludándola con cierta irónica frialdad, es preciso ceder á la señora Genoveva.

La hija de doña Macaria no tenía bastante delicadeza para adivinar el verdadero motivo de la conducta de Ernestina, quien se apresuró á llevar el bálsamo del consuelo á la cama de su anciana amiga. La viuda le tendió los brazos como al ángel de la Providencia, nombre con el cual solía saludarla. Después de mil esfuerzos para sentarse, que hacía inútiles lo agudo de sus dolores, Ernestina no tenía bastantes fuerzas

hasta que subida á la cama y poniendo los brazos de Genoveva al rededor de su cuello, vino á conseguir situarla de modo que padeciese menos. Conmovidá la anciana por tanta complacencia, antes de desatar sus brazos del cuello de su bienhechora, le besaba la frente.

—¡Qué espectáculo! ¡Oh Dios mío! ¡Madre mía! exclamó una voz extraña.

Las dos mujeres se estremecieron al oír tal exclamación y al ver un hombre vestido de negro y con el rostro tostado por el sol. . . . pero Genoveva lo reconoció al punto.

—¡Ya puedo morir! gritó á su vez, he vuelto á ver á mi hijo. El doctor Abarca, su hijo, corrió hacia ella; el júbilo casi le impedía el uso de sus sentidos. Engañado por las apariencias tuvo á Ernestina por una criada y le dió algunas órdenes, las que ella obedecía sin atender al tono con que las dictaba, y habría permanecido más tiempo en su error, si Genoveva reanimada al fin por sus cuidados no le hubiese dicho:—Hijo mío, si ámas á tu madre, hínicate de rodillas delante de ese ángel, sin el cual no me habrías encontrado con vida.

—¿Qué oigo? ¿Esta joven no es una criada de vd?

—Su caridad ardiente y mi reconocimiento son los únicos lazos que nos unen: su educación y clase es superior á la mía.

—Señorita, perdón, dijo el doctor, yo me avergüenzo de haberos tratado con tan poco miramiento.

—En nada me habeis faltado, y vuestra equivocación por otra parte sería muy disculpable en semejante ocasión.

Pasados aquellos primeros instantes de sorpresa y enajenamiento entre la anciana madre y su amante hijo, Ernestina se despidió y fué á contar á doña Martiniana la feliz llegada del hijo de su respetable amiga. La decencia no le permitía desde entonces continuar sus visitas, sin ir acompañada de su madre, cuando por otra parte el doctor proporcionó al momento criadas que atendiesen á la enferma; pero este acontecimiento que interrumpió sus relaciones, no tardó mucho en cambiar su destino.

El doctor Abarca, que había hecho en Californias una fortuna tan rápida como brillante, se apresuró á indemnizar á su madre de sus dolorosos sacrificios, proporcionándole una vejez descansada en medio de la abundancia, y quiso poner el colmo á su felicidad fijando cerca de ella á la joven que amaba, pidiendo á doña Martiniana la mano de su hija, bien persuadido de que la consoladora de los desgraciados no podía menos de ser la esposa más tierna y fiel: doña Martiniana aceptó su oferta después de consultar la voluntad de Ernestina, sin atender á su riqueza, sino á su amor filial

y después de haber palpado que era capaz de apreciar la virtud, laborioso y por consiguiente honrado. A poco tiempo marcharon á México, donde se establecieron ambas familias unidas, y Ernestina repetía con frecuencia á su madre: "Tenía vd. razón de sostener que no siempre es necesario ser rica para ser caritativa, y que hay mil medios de socorrer á nuestros semejantes; pero yo debo agregar que á más del júbilo secreto inseparable de toda buena acción, también puede ser la fuente de la felicidad de toda la vida."

I. G.

México, 1842.

